

CARLOS VELÁZQUEZ
DUSTY HILL EN VIVO

KARLA ZÁRATE
PERPETUUM MOBILE

JESÚS RAMÍREZ-BERMÚDEZ
DESTRUCCIÓN Y DEVENIR

NÚM. 318 SÁBADO 11.09.21

El Cultural

[Suplemento de **La Razón**]

Veinte años del 11 de septiembre

EL DERRUMBE DE LA REALIDAD

UN ENSAYO DE NAIEF YEHYA

CRÓNICA DESDE BORNEO • EDGARDO BERMEJO MORA



Arte digital > A partir de Maurizio Cattelan,
Ciego, escultura en resina, madera, acero,
aluminio, poliestireno, pintura > Vista de
instalación en Pirelli Hangar Bicocca,
Milán, 2021 > Fuente > designboom.com

El siglo XXI ha traído un auge de recursos tecnológicos imaginados por la ciencia ficción que hoy forman parte de la vida cotidiana. Al mismo tiempo, esa bonanza ha sido acompañada por una serie de eventos catastróficos que inició hace justo veinte años, con el ataque a Nueva York que conmocionó y transformó el mundo. En la retrospectiva del siguiente ensayo destacan como secuelas el ascenso de teorías de la conspiración, falsas noticias, el fundamentalismo, guerras, manipulación de los poderes y las corporaciones: un horizonte que perfila o realiza el dominio distópico de lo que Umberto Eco denominó la nueva Edad Media.



11-S: EL DERRUMBE DE LA REALIDAD

NAIEF YEHYA

@nyehya

Quizá pudimos intuir que el nuevo siglo sería tormentoso desde antes de que comenzara. La primera señal fue la supuesta amenaza del Y2K, el *bug* o error del milenio: supuestamente, al llegar el año 2000 el reloj de las computadoras, que usaba sólo dos dígitos, asumiría que era 1900 y ese salto virtual al pasado crearía un conflicto que colapsaría el incipiente control digitalizado de industrias, bancos, plantas de energía, navegación aérea y más.

LOS INICIOS EN FALSO

Nada catastrófico ocurrió, pero este fiasco puso en evidencia que dependíamos y nos estábamos entregando de lleno a sistemas que no entendíamos del todo. Esta salida en falso fue imaginada entonces como el fin de una era y el principio de un siglo cibernético. Así, el primero de enero de 2001 llegaba un poco tarde a su propia fiesta. La rigidez cronológica perdió la carrera ante un tropezón bochornoso e inauguramos la centuria antes de tiempo.

Al despiste técnico siguió la elección presidencial estadounidense del 7 de noviembre

de 2000, entre el vicepresidente Al Gore y el hijo del expresidente, George H. W. Bush y gobernador de Texas, George W. Bush, la cual además de ser controvertida tuvo graves consecuencias. Gore ganó incontestablemente el voto popular por más de 540 mil votos, sin embargo, debido a la peculiaridad del colegio electoral estadounidense eso no tenía la menor importancia. Las irregularidades electorales en Florida obligaron a un recuento y a otro más, hasta que la Suprema Corte decidió suspender los conteos y otorgar el triunfo a Bush. Gore, temeroso ante la inestabilidad que podría causar una inconformidad, concedió.

La llegada de Bush a la presidencia implicó que un equipo de neoconservadores o neocones se enquistara en el poder. Así el vicepresidente, Dick Cheney, y el secretario de la defensa, Donald Rumsfeld, quedaron en posición de promover las ideas de Proyecto para el Nuevo Siglo Americano, un *think tank* (es decir, un organismo de investigación dedicado a apoyar una idea o punto de vista mediante publicaciones, conferencias, cabildos y actividades de militancia

Foto ▶ Isa Yehya

DIRECTORIO

El Cultural
[Suplemento de La Razón]

Twitter:
@ElCulturalRazon

Roberto Diego Ortega

Director

@sanquintin_plus

Julia Santibáñez

Editora

@JSantibanez00

Facebook:
@ElCulturalLaRazon

CONSEJO EDITORIAL

Carmen Boullosa • Ana Clavel • Guillermo Fadanelli • Francisco Hinojosa • Fernando Iwasaki
Delia Juárez G. • Mónica Lavín • Eduardo Antonio Parra • Alberto Ruy Sánchez • Carlos Velázquez

Director General Editorial ▶ Adrian Castillo Coordinador de diseño ▶ Carlos Mora Diseño ▶ Andrea Lanuza

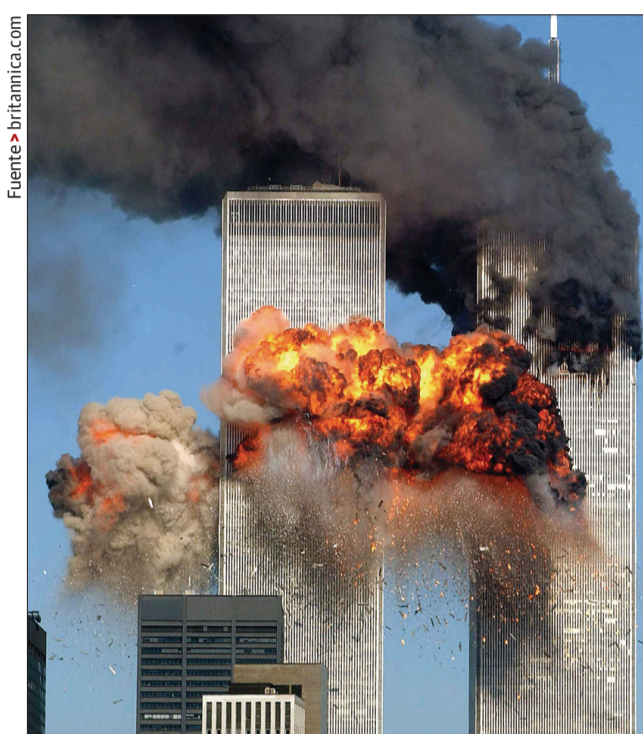
Contáctenos: Comutador: 5260-6001. Publicidad: 5250-0078. Suscripciones: 5250-0109. Para llamadas del interior: 01-800-8366-868. Diario La Razón de México. Nueva época, Año de publicación 12

intelectual) que deseaba imponer por medio de acciones militares un renovado liderazgo global. Los neocones, entre los destacaban Irving Kristol, Norman Podhoretz, Midge Decter y Nathan Glazer, aparecen en el City College de Nueva York en la década de los años treinta, compartiendo una ideología cercana al trotskismo. Como otros izquierdistas de la época, renegaron del socialismo por las purgas estalinistas y por lo que consideraban el fracaso del Estado soviético. Cuando sus antiguos aliados se burlaron de ellos llamándolos neoconservadores, Kristol se apropió del término con sarcasmo y desafío.

Los neocones transitaron de la izquierda a la derecha liberal manteniendo un discurso patrioter que predica la necesidad de imponer sus valores en el mundo por el convencimiento o la fuerza. En los años sesenta denunciaron a la nueva izquierda y la contracultura. Rechazaban todo compromiso, conciliación o diálogo con la Unión Soviética. Su dogma era la defensa de la democracia, el libre mercado y los derechos humanos, aunque para eso hubiera que reprimir civiles e instalar regímenes brutales aliados a Washington. En Ronald Reagan vieron a un líder que podían seguir con fervor, aunque de pronto estuvieron más a la derecha que él, deseando una confrontación con Moscú. Cuando la Unión Soviética se desplomó se sintieron reivindicados, pero con ese triunfo perdieron también la causa que les daba sentido, por lo que comenzaron a proponer el uso de guerras preventivas en el mundo para eliminar riesgos potenciales a la *Pax Americana*. Estas ambiciones parecían delirios imperialistas, anacrónicos y absurdos, pero una administración vacua y carente de credibilidad como la de Bush fue el caldo de cultivo ideal para esas ideas. Ideólogos como Paul Wolfowitz (quien fue subsecretario de defensa), Richard Perle (exmiembro de la Junta de Política de Defensa) y Scooter Libby (jefe de personal de Cheney), desde sus puestos secundarios infectaron el Pentágono y la Casa Blanca con el dogma de impedir el surgimiento de un nuevo rival. Bush, por su parte, estaba obsesionado en demostrarle a su papá que podría terminar la guerra que éste comenzó y contaba con el equipo para justificar ese ajuste de cuentas familiar. Para alimentar sus deseos de revancha e intervencionismo le daban reportes regulares (provistos por Israel y Jordania, principalmente) de que Saddam Hussein preparaba un arsenal de armas nucleares, químicas y biológicas.

LA CAÍDA DE LAS TORRES Y DE LA CREDIBILIDAD

Para septiembre de 2001, la popularidad de Bush estaba por los suelos y su legitimidad era cuestionada. Todo cambió en la mañana del 11 de septiembre, cuando cuatro aviones comerciales fueron secuestrados para usarse como misiles contra símbolos del poder económico y militar estadounidense: las Torres Gemelas del World Trade Center (WTC) de Nueva York y las instalaciones del Pentágono. El



Fuente > britannica.com

“LÍDERES DE OPINIÓN COMENZARON A TENER DESCONFIANZA ANTE LA ACTUACIÓN, INTENCIÓN Y EFICIENCIA DEL GOBIERNO. EL ATAQUE AL WTC FUE UNA DE LAS TRAGEDIAS MÁS VISTAS EN LA HISTORIA HUMANA”.

cuarto avión, que fue derribado por los pasajeros en Pensilvania, al parecer tenía como objetivo la Casa Blanca o el Capitolio. La audacia del ataque fue abrumadora por su uso de las herramientas del mercado (aerolíneas, internet, celulares, tarjetas de crédito) para asestar un golpe más humillante que devastador. Sin embargo, era absolutamente predecible que la respuesta sería desproporcionada y que de hecho daría paso a una nueva era de intervencionismo sin precedente.

En el periodo que va desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta la caída del WTC obviamente sucedieron un gran número de acontecimientos políticos de enorme importancia, guerras pequeñas y medianas, invasiones, genocidios, desplazamientos masivos de poblaciones. Pero esto era distinto, en tanto que era una agresión de bajo costo que puso en evidencia la fragilidad de la defensa del país y dañó la mitología de la primera potencia mundial como invencible. Es por eso que pasamos a imaginarlo como el evento que señaló el auténtico principio del siglo XXI.

La torpeza e incompetencia de las agencias de espionaje e inteligencia fue apabullante. Sabían, por lo menos desde el 22 de junio, que un ataque de agentes de Al Qaeda infiltrados en Estados Unidos era inminente. Un mes y seis días antes del ataque, el reporte del FBI al gabinete presidencial planteaba la posibilidad de que aviones comerciales fueran usados para destruir edificios. Durante ese verano numerosos informes aseguraban que Bin Laden preparaba un gran ataque contra Estados Unidos. Nadie se alarmó,

ni siquiera se informó a las aerolíneas o al público.

Cuando estas omisiones y descuidos fueron revelados después de los ataques, el público y numerosos líderes de opinión comenzaron a tener sospechas y desconfianza ante la actuación, intención y eficiencia del gobierno. El ataque al WTC fue una de las tragedias más vistas en la historia humana, los impactos de los aviones quedaron registrados en varias cámaras, el de la segunda torre fue transmitido en vivo por la televisión, así como el colapso de las dos. Sin embargo, pronto comenzaron a circular versiones alternativas que cuestionaban o negaban la narrativa oficial.

Las teorías conspiratorias se multiplicaron: algunos especulaban sobre los verdaderos autores intelectuales (sauditas, paquistaníes, israelíes, Saddam Hussein); no pocos creían que el gobierno estadounidense estaba implicado o por lo menos había permitido deliberadamente que eso sucediera; había quienes pensaban que inversionistas sabían lo que sucedería y apostaron a la caída de las acciones de United y American Airlines. También se cuestionaba la destrucción misma de las torres que media humanidad había visto con sus propios ojos. Las explicaciones de estos escépticos iban del uso de hologramas (para hacer que misiles se vieran como aviones) hasta que era el resultado de una demolición controlada con una reacción termita. Uno de sus argumentos más contundentes era la caída de la torre 7 del complejo de inmuebles del WTC, la cual no recibió impacto de avión alguno y se desplomó sobre sí misma, de manera similar a las Torres Gemelas.

La desconfianza ante las versiones oficiales y las afirmaciones gubernamentales fue creciendo, extendiéndose y masificándose. Ya no sólo eran los herederos de la contracultura de izquierda quienes dudaban, sino que también gente de todo el espectro de la derecha, desde conservadores, republicanos y evangélicos hasta los ultraxenofobos y racistas. La frustración, el desengaño y la decepción fueron convirtiéndose en rabia contra la *diabolicoligarquía* (<https://www.motherjones.com/media/2008/09/are-any-911-conspiracy-films-plausible-2/>). Los desencantados, principalmente en la derecha, comenzaron a crear canales de comunicación, propaganda, adoctrinamiento, reclutamiento, organización y planeación. A los grupos que buscaban revelar la verdad de los ataques del 11 de septiembre comenzaron a llamarles *Truthers* (9/11 Truth Movement, Architects and Engineers for 9/11 Truth, Scholars for 9/11 Truth).

BAUTIZO DE FUEGO

Bush respondió a los ataques lanzando el 7 de octubre de 2001 su “guerra contra el terror”, que comenzó con la invasión de Afganistán y en 2003 siguió con la ocupación de Irak. Aprovechó la ira y el desconcierto popular para imprimir un “propósito moral” a su causa. La propaganda estadounidense ofreció el bombardeo nocturno de Bagdad, denominado “*Shock and Awe*”

(Conmoción y pavor), como respuesta al espectáculo mediático y visual que fue la destrucción de las torres.

El ataque militar contra Afganistán tenía la finalidad de eliminar o capturar a los integrantes de Al Qaeda, así como a quienes les dieran protección, refugio o ayuda. El frágil régimen talibán que apenas gobernaba en partes del país se desplomó casi sin oponer resistencia. Buena parte de la ofensiva inicial consistió en comprar líderes antagónicos con maletines de dinero y armas, y capturar sospechosos que fueron enviados a Guantánamo en una estridente burla de la ley internacional. La famosa afirmación de Rumsfeld, el 15 de noviembre de 2002, de que la guerra de Irak sería corta ("cinco días o cinco semanas o cinco meses, pero definitivamente no será más larga que eso, no será la tercera guerra mundial"), sin duda destruyó lo poco de credibilidad que le quedaba al régimen.

La cultura estadounidense y por reflejo su influencia internacional quedó anegada en propaganda militarista. La guerra, la tortura y la brutalidad fueron estetizadas. Las imágenes de bombardeos y del avance de las tropas se usaban en los medios de manera manipuladora e intimidante, depuradas y censuradas para no mostrar la catástrofe humanitaria. Pero a diferencia de la primera Guerra del Golfo, donde las imágenes bélicas se controlaron para mostrar un conflicto higiénico, quirúrgico y preciso, en esta ocasión los propios soldados estadounidenses filmaban, compartían y posteaban imágenes de las atrocidades.

Esto rompió en cierta forma la ilusión que quería crearse de una guerra justa de liberación. La militarización de la sociedad avanzó rápidamente, con la complicidad de políticos de ambos partidos. La presencia del ejército aumentó en la vida civil, en el mundo de los juegos de video, en los eventos públicos y especialmente en el fútbol americano. Mientras tanto, en el cine las representaciones de la guerra tardaron en aparecer y fueron en un principio escasas, serviles y tímidas. Las pocas películas estrenadas sobre la Guerra contra el terror evitaban cuestionar su legitimidad o, de hacerlo, se enfocaban en casos humanos específicos, como el mentiroso telefilme *Rescatando a Jessica Lynch* (Peter Markle, 2003), *La guerra de Charlie Wilson* (Mike Nichols, 2007), *Ausente* (Kimberly Pierce, 2008) e incluso la cinta de Brian de Palma, *Redacted* (2007), que fue un desastre de crítica y taquilla.

En cambio el malestar pasó directamente al horror y en particular al género de la pornotortura, en franquicias populares como *Saw* (creada por James Wan y Leigh Whannell, con nueve filmes) y *Hostel* (Elie Roth, 2005 y 2007), en donde se tortura, mutila y asesina a gente por entretenimiento, por lo que cargan en la conciencia o bien por su nacionalidad.

Mientras Estados Unidos y sus aliados bombardeaban impunemente países lejanos, torturaban y mataban sospechosos en Guantánamo, la base Bagram y en ataques con drones, estas cintas eran una manifestación social de culpa, temor y ansiedad.

“SI LOS ARGUMENTOS PARA LANZAR UNA GUERRA DE INVASIÓN CONTRA AFGANISTÁN ERAN ENDEBLES, YA QUE EN VEZ DE UNA ACCIÓN LEGAL CONTRA LOS TERRORISTAS OPTARON POR UNA AVENTURA PUNITIVA, LA JUSTIFICACIÓN PARA LA GUERRA CONTRA IRAK FUE UN AMASIO DE MENTIRAS DESCARADAS”.

LAS MENTIRAS QUE JUSTIFICARON LAS GUERRAS

Si los argumentos para lanzar una guerra de invasión contra Afganistán eran endeble, ya que en vez de una acción legal contra los terroristas optaron por una aventura punitiva, la justificación para la guerra contra Irak fue un amasijo de mentiras descaradas. El régimen de Bush, con la complicidad del *New York Times* y el *Washington Post*, denunciaron la adquisición por parte del gobierno de Saddam Hussein de tubos de aluminio que, aseguraban, usaría para enriquecer óxido de uranio (*yellow cake*) y producir una bomba nuclear (los tubos eran para misiles convencionales y la compra del uranio es aún motivo de debate). Añadieron que desarrollaba drones para dispersar armas biológicas y químicas (carchas de jets yugoslavos inservibles y drones de madera balsa pegados con *diurex*), así como plantas móviles para fabricar armas químicas (otra fantasía sin sustento).

Buena parte de las supuestas revelaciones provenían de un tal Curveball, Rafid Ahmed Alwan al-Janabi, un ladrón y desertor que aseguraba tener información de primera mano acerca de los programas armamentistas iraquíes. Los secretos que compartió eran mentiras ingenuas, pero los servicios de inteligencia estadounidenses y británicos decidieron usarlas; sus chifladuras (con las que esperaba obtener su *green card* pero “no ser responsable de una guerra”, como declaró más tarde) culminaron con la presentación (ahora considerada desternillante) de Colin Powell ante al Consejo de Seguridad de la ONU, el 5 de febrero de 2003, donde ofreció videos de animación como pruebas y un inolvidable frasco de “ántrax”.

CLAVES FÍLMICAS

Dos películas filmadas en 1999 que se convirtieron en obras de culto han

resultado ser premonitorias y clave para entender el *espíritu del tiempo* del siglo XXI. *El club de la pelea*, de David Fincher, basada en la novela homónima de Chuck Palahniuk, es un delirio satírico, hiperviolento y enfebrecido sobre la masculinidad tóxica, que se estrenó y fue abucheada en el festival de Venecia, dos años y un día antes de los ataques del 11 de septiembre. La cinta comienza y termina con la destrucción de rascacielos por terroristas y la segunda frase que se dice es “*This is it, Ground Zero*” (el término que se usaría dos años después para referirse a la pila de cascajo que quedó en lugar de las torres).

La idea del club de la pelea, en el que un grupo de hombres se treznan a golpes sin reglas ni límites, es el sueño húmedo de una masculinidad titubeante, desesperada por recuperar el respeto que creía merecer y por encontrar espacios libres de mujeres. El machismo histórico liberado fue una de las influencias de la *alt-right*, la derecha alternativa digital, un movimiento sin lineamientos ni ideología ni líderes, organizado en torno al resentimiento, la victimización, la fragilidad emocional del nacionalismo blanco y la misoginia.

La otra cinta es *Matrix*, de las hermanas Wachowski. Describe un mundo donde los seres humanos están atrapados en una simulación de la realidad creada por máquinas conscientes, que mantienen a la población en capullos donde producen energía como si fueran baterías. El líder de la insurrección, Morpheus, ofrece al protagonista, Neo, la opción de tomar una píldora roja para poder ver la realidad de la matriz en que se vive en esclavitud o bien la píldora azul, con la que regresaría a la ilusión de su vida normal.

La idea de elegir entre las píldoras es una metáfora que capturó la imaginación de los cibernautas, y más recientemente de la derecha. “*To red pill*”, o



El ataque a Bagdad, “*Shock and Awe*”.

Fuente > socialis.tincanada.ca

tomarse la píldora roja, es descubrir que uno ha sido engañado y es en cierta forma el equivalente derechista a la noción de izquierda de experimentar un despertar (*being Woke*) a la justicia social y la sensibilidad.

La impresión de que la realidad es la ilusión de un insomne, como en la novela de Palahniuk, o que es un programa creado por una mente no-humana, ha impactado desde el inicio del siglo a millones que súbitamente se atan a las explicaciones y teorías conspiratorias más disparatadas y estridentes, en gran medida porque son antagónicas a la idea que tenemos de una realidad compartida y comprobable, dos criterios que han perdido validez ante sus ojos. Tanto en *Matrix* como en *El club de la pelea* el protagonista vive una existencia de consumo y mediocridad hasta que un día rompe con la normalidad. Ambos tienen dos personalidades: en una "Jack" o el Narrador y su *alter ego*, el explosivo vendedor de jabón Tyler Durden, y en *Matrix*, el programador Thomas A. Anderson y el hacker Neo. Podríamos imaginar que las Torres Gemelas reflejaban esa dualidad. Que los rascacielos idénticos representaban la promesa y la pesadilla del capitalismo, la cara sonriente y despiadada del mundo de las finanzas, como un moderno dios Jano, de dos caras, que preside sobre el inicio y el final de los conflictos.

LA DUALIDAD OBAMA-TRUMP ANTE LA REALIDAD DEBILITADA

Obama fue elegido dos veces con inmenso entusiasmo y pudo conservar buena parte del aprecio de la ciudadanía por su estilo ecuánime y educado. Entre sus logros dejó los mercados financieros en orden tras la catástrofe del 2008, intentó enmendar relaciones con Irán y Cuba y creó el *Obamacare* (que dio seguro de salud de paga a veinte millones de personas). Pero también abandonó a las víctimas de los bancos al optar por rescatar a las instituciones financieras, prometió terminar las guerras y en lugar de eso las expandió, empleando el programa de ejecuciones con drones en seis países (con una eficiencia de menos del diez por ciento en sus asesinatos). Nunca exigió justicia contra los abusos y mentiras que llevaron al país a sus guerras infinitas ni buscó condenar a quienes ejercieron la tortura. Así, las decepciones se acumularon y un gran número de personas que votaron dos veces por él, en 2008 y 2012, votaron por Donald Trump en 2016.

La llegada de la exestrella del *reality show*, *El aprendiz*, puso en evidencia la frustración que sentía un gran sector de los votantes con la clase política; pero también era una forma de



escapismo, de apostar por una ficción mediática, de imaginar que el poder estaba mejor en manos de un millonario narcisista aficionado a las teorías conspiratorias. Su triunfo en el voto electoral, a pesar de su derrota en el popular, marcó la llegada de la extrema derecha paranoica al poder. Mientras su gobierno cumplía con una agenda radical republicana (recortes de impuestos a millonarios, eliminación de programas sociales, embestidas contra las minorías, borrar medidas de protección al ambiente), él desató un culto nacionalista blanco que capturó a millones de seguidores, incluyendo la *alt-right* y milicias armadas en todo el país.

El "fanatismo escéptico" de las hordas MAGA (por el slogan trumpiano *Make America Great Again*), que pasaron del cinismo y el *troleo* a la sumisión crédula, representó un divorcio completo de la realidad que tuvo su mejor expresión en el culto QAnon, al que ya hemos dedicado este espacio (*El Cultural*, número 295, 27 de marzo, 2021). QAnon surge como un amasijo de teorías conspiratorias antiguas y modernas, una teoría general de lo absurdo e improbable.

Lo que se presentaba originalmente como las filtraciones de un agente gubernamental, Q, con acceso a secretos de altísimo nivel, quien pretendía que Trump estaba jugando "ajedrez tridimensional" y llevaba a cabo un plan maestro para arrear a los líderes del partido demócrata —por pedófilos—, fue convirtiéndose en un credo místico, donde Trump era un enviado divino destinado a proteger a la nación.

Q posteaba inanidades crípticas que sus seguidores analizaban y trataban de descifrar para entender lo que realmente sucedía. Las palabras de Q inspiraban a los fanáticos en línea, hasta que el culto dejó de limitarse a las pantallas y los foros de discusión, cuando los fieles comenzaron a salir a la calle a manifestarse, a *autoinvestigar* y tratar de secuestrar a la gobernadora

de Michigan. Su primer blanco fue la pizzería Comet Ping Pong, de Washington, mencionada en los correos filtrados de Hillary Clinton por Wikileaks. Ahí, supuestamente, los demócratas tenían presos a niños para ser usados en rituales satánicos y actos sexuales. No importó que esa información hubiera sido falsa, los devotos de Q siguieron organizándose para el Armagedón trumpiano en que el ejército tomaría Washington y ejecutaría públicamente a los demócratas *pedosatanicos*.

JFK, OVNIS Y REDES

Por lo menos desde el asesinato de Kennedy, en noviembre de 1963, las teorías conspiratorias han sido extremadamente populares. En los setenta, alrededor del ochenta por ciento de los estadounidenses no creían que Lee Harvey Oswald era el asesino solitario del presidente. La diferencia en esta era de desinformación y noticias falsas es que las teorías conspiratorias se han convertido en armas políticas de destrucción masiva y la información alternativa circula amplia y velozmente por las redes sociales.

La epidemia de teorías conspiratorias modernas comienza con supuestas visitas extraterrestres, avistamientos, abducciones y con el presunto ocultamiento de las pruebas por parte del gobierno. Hoy que la cultura de la conspiración se ha vuelto dominante, *mainstream*, la actitud de las autoridades estadounidenses ha dado un giro radical. Después de décadas de negar la existencia de OVNIS, rompieron el tabú al reconocer su ignorancia e incluso, el 25 de junio de 2021, hicieron públicos videos de fenómenos inexplicables. Es una validación de las ideas de muchos teóricos de la conspiración, ya que si bien no aceptaron que dichas visitas hayan tenido lugar ni que se han ocultado pruebas, significa por lo menos que las evidencias se han estudiado y se abre la posibilidad de reconocer que, en efecto, un mundo (o varios) nos vigila(n).

La histeria de los crédulos es relativamente fácil de manipular y no sólo por los grupos extremistas, sino también por políticos y corporaciones, para encender sentimientos apasionados. Lo interesante es que se ha demostrado que no hay una correlación entre ideología y teorías conspiratorias, por lo que se consumen y producen por igual a derecha como a izquierda. Las teorías conspiratorias difícilmente se destruyen pero se transforman y adaptan a los tiempos e incluso algunas de ellas, al demostrarse, dejan de ser teorías y se vuelven conspiraciones reales (como la quema del Reichstag, Watergate o el incidente del Golfo de Tonkín).

LA GRAN MENTIRA

Aquella elección de 2020 fue un punto determinante en la fe de estos devotos que creían en las revelaciones de Q: afirmaba que Trump no podía perder. Pero perdió y Q desapareció. Trump y sus seguidores rechazaron el resultado de la elección por todos los medios legales y perdieron caso por caso. Las pruebas electorales fueron contundentes:

“LAS TEORÍAS CONSPIRATORIAS MODERNAS COMIENZAN CON SUPUESTAS VISITAS EXTRATERRESTRES, ABDUCCIONES Y CON EL PRESUNTO OCULTAMIENTO DE LAS PRUEBAS POR PARTE DEL GOBIERNO... HOY LA ACTITUD DE LAS AUTORIDADES ESTADUNIDENSES HA DADO UN GIRO RADICAL”.

“LA PANDEMIA HA SIDO EL CALDO DE CULTIVO PARA UN SERIE DE CREENCIAS ESTRAFALARIAS Y PELIGROSAS. A DIECIOCHO MESES DE QUE LOS PAÍSES COMENZARON A CERRARSE POR LA PANDEMIA, LAS HORDAS DE ANTIVACUNAS, ANTIMÁSCARAS Y ANTICONFINAMIENTO SE HAN MULTIPLICADO”.

Trump perdió el voto popular por siete millones de ciudadanos y el voto electoral por 74, pero intentó ahogar la realidad –que comenzó a llamarse *la gran mentira*– con un marasmo de teorías conspiratorias, acusaciones irracionales y descalificaciones ridículas. Ninguna prueba podía disuadir a los fanáticos: las matemáticas mentían, la tecnología era un arma del enemigo, los líderes, representantes, jueces locales y federales que legalizaron las elecciones tenían que ser antagonistas (aun cuando se trataba de republicanos e incluso de trumpistas).

Los fieles de MAGA comenzaron a organizarse en línea para asistir a una manifestación en la que Trump hablaría frente a la Casa Blanca, el 6 de enero de este año, poco antes de la sesión del Congreso que haría el conteo definitivo de los votos electorales. Ahí, Trump los incitó a caminar hacia el Capitolio y mostrar su repudio por ese “robo”. Miles de fanáticos confrontaron a la policía y cientos usurparon el recinto. Cinco personas murieron ese día o poco después, cuatro policías se suicidaron y más de 140 agentes fueron lesionados, algunos de gravedad. El aún presidente tenía responsabilidad por los actos de violencia cometidos por sus partidarios, sin embargo, volvió a triunfar en su segundo juicio de destitución o *impeachment* y siguió pregonando *la gran mentira*. Parte de sus seguidores finalmente fueron reconociendo que habían sido engañados, pero otros se aferraron a sus creencias y siguen esperando que en algún momento próximo Biden sea retirado del cargo por el ejército y Trump, restituido en la presidencia. Esta insurrección y su vasto apoyo entre la derecha marca el fin de una era de respeto a las instituciones, por lo que también ha sido considerada como el verdadero inicio del siglo XXI, veintiún años y cinco días después de su nacimiento.

PANDEMIA O PLANDEMIA

La realidad ya estaba herida cuando llegó la pandemia, pero las condiciones que debieron imponerse entonces (poco a poco, con temor y reservas) fueron interpretadas como un plan para someter a la población y arrebatarle sus derechos. Era obvio que el miedo, la impotencia y la ignorancia respecto al virus causarían reacciones, pero el ambiente político altamente polarizado convirtió la situación en una guerra. El confinamiento y el uso de mascarillas fueron el combustible para las hordas trumpianas y la *alt-right*: basadas en información que pescaban en redes sociales, sostenían que el virus no existía y era una estrategia para dañar la reelección de Trump, o bien que sí existía, pero era una arma biológica china; o que se podía curar con hidroxiquina o con inyecciones de cloro o aun introduciendo luz al cuerpo, como sugirió el presidente. La desconfianza es ante todo una forma de la credulidad. Estos disidentes también expresan una forma de fe inquebrantable y devoción ciega por encontrar verdades místicas en datos alternativos, por expresar su independencia de pensamiento al comulgar con un rebaño de fieles que repiten a coro las certezas aprendidas en Facebook y YouTube.

La epidemia se convirtió en una pandemia catastrófica en gran parte por quienes se negaban a creer en la ciencia y a respetar las medidas sanitarias. La llegada de la vacuna fue interpretada por los *conspiranoicos* como una trampa para ser “marcados” con un implante, un *chip* que los rastrearía y controlaría hasta el fin de sus días. Otros más imaginaban que era un plan genocida de reducción de población y una estrategia de enriquecimiento de las grandes farmacéuticas. Muy pocos de ellos dedicaban un momento a considerar el hecho de que las epidemias y las enfermedades contagiosas

fácilmente transmisibles han sido una amenaza ante la cual la humanidad nunca ha dejado de ser vulnerable.

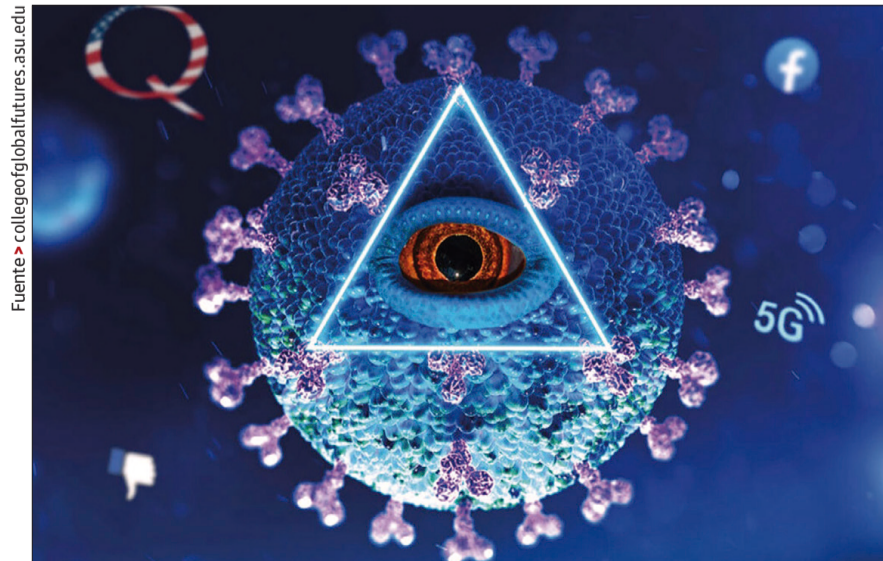
Definitivamente, en muchos casos las autoridades fueron cómplices del temor y la desconfianza debido a su propia confusión y sus contradicciones. El hecho es que la pandemia ha sido el caldo de cultivo para un serie de creencias dislocadas, estrafalarias y peligrosas. A dieciocho meses de que los países comenzaron a cerrarse por la pandemia, las hordas de militantes antivacunas, antimáscaras y anticonfinamiento se han multiplicado, fortalecido y radicalizado, dañando los planes de romper la cadena de contagios. Al mismo tiempo, las naciones ricas han acaparado las vacunas, con lo que la pandemia ha puesto en evidencia una vez más su egoísmo y negligencia suicida. La imposición de pases y registros de vacunación para tratar de volver a la vida ha chocado en muchos países con activistas enfurecidos que comparan esta iniciativa sanitaria básica con una política nazi. La realidad de la pandemia, con sus millones de muertos, consecuencias de salud y devastación económica no es un obstáculo para sus certezas, ni pone en duda su obsesión neofascista de pureza corporal.

FIN DE LA GUERRA

El vigésimo aniversario de los ataques del 11 de septiembre iba a motivar las usuales ceremonias solemnes de lectura de los nombres de los caídos y de los llamados a “Nunca más” permitir que algo así vuelva a suceder. Pero el propósito moral que unió al país hace dos décadas ha quedado pulverizado en los campos de batalla y hoy se encuentra profundamente dividido. El presidente Biden ordenó la retirada de las tropas estadounidenses de Afganistán (que Trump ya había prometido desde el otoño de 2020), para coincidir con este aniversario y celebrar el fin de una de las guerras inacabables. No obstante, la caída de Kabul fue mucho más vertiginosa y caótica de lo que esperaba. Las imágenes del aeropuerto inundado de gente desesperada, literalmente colgada de los aviones, provocó obvios recuerdos de la vergonzosa derrota y retirada de Vietnam, con sus inolvidables imágenes de helicópteros rescatando gente de la embajada estadounidense en Saigón.

El gobierno de Estados Unidos engañó durante dos décadas a su pueblo y al mundo respecto a la situación en Afganistán, la inversión en un ejército, un gobierno e infraestructura. La ilusión se derrumbó y la invasión demostró que nunca fue nada más que un jugoso negocio de contratistas, militares y políticos corruptos e incompetentes. Ciento cincuenta mil muertos y miles de millones de dólares de los contribuyentes es el costo de financiar veinte años de ocupación. Ésta fue una embestida más contra la manufactura del consenso en ese país.

No hay duda de que hay algo podrido en este siglo XXI que comienza y vuelve a comenzar una y otra vez. Se trata de la realidad compartida, que cada vez tiene menos sentido para millones de personas que han transformado su frustración en nihilismo feroz. ■



Fuente: collegeglobalfutures.asu.edu

"¿Dónde estabas el 11 de septiembre de 2001?" es una pregunta recurrente, en el contexto del aniversario que hoy se cumple del atentado terrorista contra el World Trade Center. Edgardo Bermejo responde con la crónica del viaje que realizaba entonces por la selva de Borneo, en el sudeste asiático. Estaba incomunicado. Dos días después, en el maltrecho televisor de una villa remota, él y sus compañeros de expedición vieron con asombro las imágenes que la cadena CNN difundía al mundo y que conocemos de memoria. Aquí, su recuento.

MI 11 DE SEPTIEMBRE, ENTRE ORANGUTANES

EDGARDO BERMEJO MORA
@edgarobermejo

1 SI LA CRÓNICA es un género que pondera la presencia del narrador como un testigo de lo narrado, ésta es su contrario: una crónica de lo no-visto. Hace veinte años fui de las pocas personas en el planeta que tardaron más de 48 horas en saber de los ataques a las Torres Gemelas en Nueva York. La razón forma parte de esos relatos de vida que uno conserva para sus nietos: el 11 de septiembre de 2001 estaba en el corazón de la selva de Borneo, observando orangutanes.

El 13 de septiembre nuestro bote, que recorría las ciénagas del río Kinabatangan —en la porción norte de la isla— se detuvo en una villa en medio de la jungla habitada por indígenas de la etnia dayak: otro corazón de las tinieblas. Entonces quienes formábamos parte de aquella expedición en las provincias malayas de Borneo nos enteramos de lo ocurrido; habían pasado dos días. En el caserío perdido de Danau Gerang, al cobijo de una tribu que en otro tiempo tuvo fama de colgar en la puerta las cabezas de sus enemigos, supimos que el siglo XXI había comenzado.

Era el tercer día del recorrido. La noche anterior la agotamos infructuosa en la búsqueda del rinoceronte enano de Borneo, una especie declarada formalmente extinta en esa región quince años después.

PEINÁBAMOS LA JUNGLA empujados a remo por nuestros guías, a bordo de una lancha con motor fuera de borda. En aquella oscuridad, el brillo de la luna en los ojos de los cocodrilos que flotaban en el río le otorgaba al recorrido la atmósfera indiscutible de una aventura. De cuando en cuando dejábamos el curso principal y remábamos entre los canales estrechos de los manglares, sorteando ramas y raíces. Descendíamos entonces de la lancha para continuar la búsqueda a pie, sin alejarnos demasiado de la cuenca del río y de sus lagartos insomnes.

Los sonidos nocturnos de un bosque tropical son quizá el mayor concierto que la naturaleza puede ejecutar,

Fuente > pri.org



pero nuestros pasos titubeantes sobre las hojas caídas de la maleza no imprimían la menor huella sonora. Un solo ruido humano rompió el silencio: era yo, que solté una carcajada nerviosa cuando supe inmovilizados mis pasos.

Nos advirtieron evitar los bancos de arena en los claros de la ciénaga. Desoí el consejo y pisé arenas movedizas, ese fango frío, mudo y aterrador del que tenía noticias por los cómics de *Chinoc*. Al pisar me hundí hasta los tobillos. Mis compañeros de viaje, un grupo de australianos, se acercaron y con la ayuda del más fuerte me jalieron de ambos brazos pero fue inútil. Al segundo intento el fango me llegaba a los muslos.

Ya no reía, tampoco puedo decir que estaba espantado, acaso incrédulo. Mientras me hundía lentamente pensaba en lo absurdo e improbable de la nota que rubricaría mi despedida exótica del mundo: "Mexicano desaparece en las arenas movedizas de la selva de Borneo". Cuando llegaron los guías, tres jóvenes malayos que balbuceaban el inglés universal del turismo, advertí en su cara de preocupación el lío en el que estaba metido. Ataron una cuerda a mi cintura y la sujetaron a la lancha. Encendieron el motor y sólo al tercer intento lograron sacarme, vivo y coleando, pero sin botas ni pantalones. El fango se los tragó. Fue un mínimo pago de indignidad a coste de mi sobrevivencia.

El ruido del motor esfumó toda posibilidad de ver o encontrarnos con el

rinoceronte, de manera que retomamos recorrido a toda velocidad por la lancha. Amanecía cuando llegamos al pueblo de los dayaks. En la única tienda de la villa nos esperaba un desayuno de arroz cocido y pescado frito.

AL FONDO, UN VIEJO televisor lograba captar un canal de la televisión filipina. Lo hacía con mucha interferencia y apenas se podía escuchar lo que decían. Entonces vimos asombrados las imágenes que hoy nos resultan familiares y ocupan la primera página en el álbum iconográfico de nuestro siglo.

El locutor filipino explicaba en tagalo las escenas tomadas de la cadena CNN, que se repetían en la pantalla con un sello perturbador: "*Breaking News*". Éramos incapaces de entender lo que decía, pero aquello no era una producción de Hollywood, sino la cobertura en vivo de lo que desde una sala de redacción en Atlanta titularon: "*America Under Attack*". Sólo los titulares de CNN, desfilando en la cintilla inferior del monitor, nos fueron descifrando lo ocurrido.

Ya habían pasado casi dos días del atentado y sin embargo las escenas de la pesadilla eran las mismas que se repetirían por mucho tiempo más: el humo y el fuego en la primera torre impactada, el choque brutal del segundo avión, más todo lo que vendría después. Una villa de casuchas miserables en medio de la jungla parecía al mismo tiempo el escenario más anticlimático para enterarse del gran acontecimiento del nuevo siglo y el mejor lugar para refugiarse de lo que parecía el Armagedón.

2. AQUEL DOMINGO 9 de septiembre de 2001 tomé un avión desde Singapur con destino final en Sandakan, una ciudad costera de la provincia malaya de Sabah.

Como corresponsal de una agencia de noticias para el sudeste asiático, había tomado vacaciones con el propósito de visitar el refugio de orangutanes de Sepilok.

El refugio se ubica a orillas de una reserva de selva virgen por la que aún circulan orangutanes. Fuera de este santuario, las plantaciones de palma de aceite con el que se producen protectores solares y Nutella han arrasado las selvas tropicales de una isla gigantesca —cuatro veces del tamaño de Japón. Cruel paradoja: mientras más destruyamos los bosques, más aceite bloqueador necesitaremos.

En ese centro se encargan de proteger a las crías de orangután que han quedado huérfanas por la cacería furtiva. A principios de este siglo, setenta mil orangutanes le disputaban el territorio a las plantaciones de palma. Hoy es necesario restar quince mil ejemplares a la lista.

Le debemos a la lengua malaya el nombre de este primate, tan cercano a nosotros en la evolución como el chimpancé y el gorila. *Orangután* significa *Orang* (hombre) y *Utan* (selva). Era el *hombre de la selva* que los primeros exploradores occidentales del siglo XVII sospecharon que podía hablar, pero no lo hacía para no llamar la atención: un Bartleby milenario de pelo largo y rojizo, escondido en la maleza, que “prefería no hablar”.

Tuvieron que pasar un millón y medio de años de evolución, desde que los orangutanes aparecieron en Borneo y Sumatra, para que los exploradores europeos del siglo XVII decidieran bautizar esta especie con un nombre en latín que la ridiculiza: *Simia satyrus*, una criatura dionisiaca en medio de la selva, un sátiro desenfadado. El siglo XIX intentó enmendar la falta con un nombre no menos desafortunado en la taxonomía del *homo sapiens* blanco: *Pongo pygmaeus*, el gorila enano del circo imaginario de los hermanos Darwin que ni es enano, ni es gorila.

En su tratado *Archipiélago malayo* (1869), el naturalista británico Alfred R. Wallace gastó menos páginas que balas para estudiar al orangután y hacer el inventario de una matanza en pos del progreso: diecisiete orangutanes pasaron por las armas del explorador en el apartado de quince hojas donde concluye que “no disponemos de las mínimas pruebas confiables sobre la existencia de orangutanes de más de cuatro pies y dos pulgadas de altura” (Conaculta, México, 1997, p. 96). A los pigmeos satíricos les costó muy cara la conclusión. Pasaron de la jungla a los museos británicos en una época en la que el conocimiento no se medía por puntos en el SNI, sino por el número de visitas cumplidas al taller del taxidermista.

Disparé —apuntó Wallace— a dos hembras adultas y a dos crías, y todas las conservé. Una de las hembras estaba comiendo durianes. Al regresar corriente abajo, tuvimos la suerte encontrar a un macho muy anciano que comía subido a unos árboles. [...] después de varios disparos fue un placer ver que el monstruoso animal rodaba y caía al agua. (*Idem*, pp. 89-90).

¿En qué se relacionaba el *orangutanicidio* de Wallace con lo ocurrido en

“LOS ORANGUTANES SON NUESTROS PRIMOS. CON ESA CONVICCIÓN FUI A BUSCARLOS. SIN DEPREDADORES AL ACECHO, EL ORANGUTÁN TERMINÓ POR CONVERTIRSE EN UN PRIMATE PACÍFICO Y SOLITARIO. DUERME EN LAS COPAS DE LOS ÁRBOLES, CADA NOCHE CONSTRUYE UN LECHO CON RAMAS”.

Estados Unidos aquel día de nuestra incursión por la selva de Borneo? Estaba aún por descubrirlo.

Los orangutanes son nuestros primos. Con esa convicción fui a buscarlos. Sin depredadores al acecho, el orangután terminó por convertirse en un primate pacífico y solitario. Duerme en las copas de los árboles, para lo cual cada noche construye un lecho con ramas. Se levanta tarde, se hidrata con el agua que dejó el rocío en el cáliz de las hojas, desayuna en la cama con el servicio al cuarto que le brindan las frutas de la selva. Sólo cuando el sol ya ha calentado suficiente baja por unas horas y atraviesa a pie la selva para abreviar de los arroyos o agregarle proteínas a la dieta: hormigas y termitas. No es un vegano radical, pero el durian —una enorme fruta espinada que es la madre de todos los frutos tropicales— es su devoción y si pudiera lo comería todo el año.

El orangután es un *hippie*, un ingeniero forestal que sabe dónde buscar los frutos de la temporada. Conoce la selva como la palma de su mano: cuatro dedos alargados y un pulgar en posición inversa —como el nuestro—, capaz de construir herramientas o comunicarse a señas. Sus manos, cito a Alfonso Reyes cuando describe las nuestras, “poseen los más afortunados recursos descubiertos por la vida física: bisagras, pinzas, tenazas, ganchos [...] suavidad y dureza, poderes de agresión y de caricia”.

La tarde del martes 11 de septiembre estreché la mano de un orangután adolescente que de pronto salió a nuestro encuentro. Dejar que me tocara y responder a sus caricias fue el momento feliz en el que dos viejos parientes se encuentran de nuevo.

MIENTRAS ESTO OCURRÍA, a 12 mil kilómetros de distancia, el egipcio Mohamed Atta ya se había levantado para orar antes de dirigirse al aeropuerto de Boston a tomar el vuelo 11 de American Airlines con destino a Los Ángeles,

con el propósito de estrellarlo contra el WTC de Nueva York.

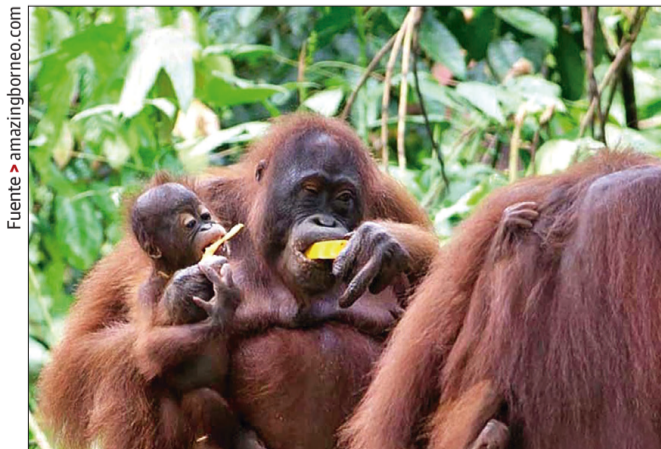
Para ver caer la tarde y pasar la noche disponíamos de una cabaña desde cuya baranda podíamos admirar a los orangutanes en cita diaria con la construcción de su lecho. Observamos el proceso completo, les tomé un par de horas. Con paciencia infinita cuatro orangutanes trozaban ramas, las sostenían con los dientes o entre las axilas y regresaban a lo más alto de la copa de los árboles para tejer su nido. No tienen la pericia arquitectónica de las aves. Sus hamacas, una vez concluidas, lucen deshilachadas e inestables. Pero son animales de fe y ahí se acuestan.

El tiempo que les llevó construir las camas coincide con los movimientos de los 19 terroristas que del otro lado del mundo se levantaban para orar y hacer sus abluciones matutinas antes del amanecer. Cuando los primates probaban sus hamacas —iluminados por una noche con luna llena—, los terroristas ya habían llegado a los aeropuertos de Boston, Washington y Newark.

Cenamos en la cabaña hacia las nueve de la noche y antes de las diez nos disponíamos a dormir. De pronto se escuchó a lo lejos el aullido más bien dulce y suplicante de un orangután. Salimos a la baranda para enterarnos de que un macho enorme se desplazaba entre las lianas. Se dirigía al nido de una hembra en celo que lo esperaba a veinte metros de altura. Estaban a punto de aparearse. Jugaron y retozaron un rato antes de copular y trenzarse en un abrazo largo cuando ya pasaban de las diez y media. A esa hora —las 8 de la mañana con 46 minutos en el horario de Nueva York—, un Boeing 767 de la Compañía American Airlines, con noventa y dos pasajeros a bordo, se estrellaba contra la Torre Norte del WTC.

Dos orangutanes ensayaban en Borneo el rito de la reproducción exactamente al mismo tiempo que allá en Estados Unidos la violencia del choque civilizatorio cifraba muertos, miedo y destrucción. La segunda torre se desplomó en Manhattan a las 10:28 de la mañana, cuando en Borneo eran las 12:30 de la noche del día siguiente y todos —orangutanes y humanos— dormíamos al cobijo de la sinfonía nocturna de la selva.

3. TRAS LA VISITA a la villa dayak y ya enterados de lo que ocurría en Estados Unidos, abordé una avioneta con dirección a la ciudad de Tawau. Esa misma noche buscaba un café internet para informarme bien de los ataques. En una ciudad de cien mil habitantes acostumbrados a vivir entre las ruinas del colonialismo británico, el único sitio que hallé para navegar por la red era



Orangutanes de Sepilok.



Halo: Combat Evolved, un videojuego del año 2001.

una sala de videojuegos abarrotada por adolescentes malayos con sandalias, kufi a la cabeza y las manos pegadas a un teclado, en un tiempo donde no se había acuñado aún el nombre que bautiza a su gremio: *gamers*.

A fuerza de suplicar me prestaron una computadora. La información bajaba lenta. Los *gamers* no reparaban en mi presencia. Se afanaban en sumar puntos matando terroristas y militares, mientras yo leía las noticias con el asombro de quien una mañana se encuentra en el diario con el anuncio de que su país se ha declarado en guerra. Sólo texto: la velocidad de la red, en un tiempo donde internet avisaba su activación perezosa con una secuencia de flatulencias electrónicas, no daba para más.

Ese 13 de septiembre el mundo se preguntaba conmovido por los alcances del odio religioso, mientras Samuel Huntington destapaba una botella en su chalet en Harvard a la espera de una reedición de *El choque de civilizaciones*, setenta mil orangutanes en Borneo se preparaban para dormir, y treinta *gamers* malayos pasaban por las armas a un ejército variopinto de enemigos, con el mismo desprecio por la vida que el fusil del explorador Wallace.

4. RESERVÉ LA ÚLTIMA etapa de mi viaje para hacer un recorrido por tren desde la ciudad costera de Kota Kinabalu al pueblo maderero de Tenom, en la región montañosa del norte de la isla, un recorrido cuesta arriba de escasos 300 kilómetros y 18 horas de trayecto a través de la selva.

Construido a finales del siglo XIX para facilitar el transporte de las maderas tropicales que crecen imponentes en las tierras altas de Borneo, sólo la voracidad comercial del imperio británico hizo posible repetir la hazaña de Fitzcarrald a cargo de los ingenieros de la North Borneo Railway Company.

La selva es como una manzana horadada por un gusano metálico que

para abrirse camino se alimenta de la misma madera que va derribando a su paso. Por espacio de una centuria, Borneo fue el principal productor de maderas tropicales para el resto del mundo. Cuando ya no había manera de alimentar al monstruo con la velocidad que exigía, se arrancaron las crías de árboles talados y se sembraron millones de hectáreas con palmas africanas.

Elegí para la primera parte del recorrido montarme al tren turístico que se anunciaba como un "paseo nostálgico por los años dorados de la etapa colonial": un recorrido de setenta kilómetros desde Kota Kinabalu hasta el pueblo de Papar, empujados por una locomotora de vapor alimentada con carbón. El folleto ofrecía "cinco vagones decorados al estilo victoriano, empujados por la última locomotora de vapor en Borneo". Ofrecía también un "menú colonial" para el almuerzo. En la cafetería se vendían *souvenirs*, uno de los cuales es probable que conserve su lugar en el museo universal de la infamia: llaveros con la imagen de la locomotora y la caricatura de un orangután trepado en la cabina con gorro de maquinista.

Una fábrica de Pepsi anunciaba la llegada a la ciudad de Papar y el fin del recorrido en la locomotora imperial. Desde ahí, para subir a Tenom había que subirse a otro tren empujado por una locomotora de motor a diésel, un armatoste despojado de la mayoría de sus ventanas, con unos cuantos asientos desvencijados de madera y un retrete clausurado que pese a los años inactivo desprendía tufo a mierda y orines. Ahí donde el turismo terminó, comenzaba la realidad.

EL TREN A TENOM, una ruina en movimiento, se reducía a un carro de pasajeros, dos plataformas de carga, una de los cuales llevaba amarrada con cuerdas un *bulldozer* —ese asesino serial de los bosques—, y tres vagones desahuciados y sin piso en la cola del

tren. Pregunté a un operador para qué mantener enganchados aquellos vagones que el tiempo inutilizó. "Es una vieja superstición —me dijo—, hay que dar su lugar a los fantasmas".

Caía la tarde y nos esperaba un recorrido nocturno de doce horas. El tren era una Babel hacinada: dayaks tatuados de la cabeza a los pies, bugis de la isla de Célebes, javaneses, malayos, indios, chinos y un puñado de turistas nos apretujábamos en el único vagón. Antes de arrancar, las madres con niños que ocupaban los asientos del vagón se afanaban en fijar telas con tachuelas en los huecos que fueron ventanas. Ignoraba la razón y la supe durante el recorrido: era la única manera de protegerse de la lluvia. El resto nos acomodamos en el pasillo. Al fondo se escucharon los gritos de una discusión. Un pasajero malayo le exigía a una pareja de chinos que ocuparan menos espacio. Éstos llevaban varios sacos para vender en el mercado de Tenom con el inventario más depurado de la depredación: polvos de cuerno de rinoceronte y de colmillo de tigre, aleta seca de tiburón, té de pelos de cola de elefante. El malayo se quejaba porque no tenía dónde colocar los diez televisores Samsung que también planeaba vender.

Nos esperaban dos mil metros de ascenso lento en una noche tormentosa. El tren avanzaba a trompicones. A la lluvia, pertinaz y vertical, la mantuvimos a raya gracias a la protección de las telas. Era de madrugada cuando el tren se detuvo en medio de la selva. El *bulldozer* se había inclinado peligrosamente y era necesario asegurarlo de nuevo. La operación, nos dijeron, tomaría un buen rato. Salí del tren con el propósito de buscar un sitio apartado para orinar. Me alejé de las vías y caminé unos cincuenta metros por una vereda natural.

Entonces los vi: cinco hombres de túnica, chaleco y turbante se alejaban en el mayor de los sigilos. Dos de ellos empuñaban armas largas y otro más cargaba algo parecido a un equipo de radiotransmisión. Todos con barba, delgados y altos: la encarnación exacta de una patrulla de talibanes ocultos en unos de los rincones más impenetrables del planeta. Ellos no me vieron a mí y si me vieron prefirieron alejarse, de lo contrario es probable que no hubiera escrito esta crónica.

Malasia, Indonesia y Brunei, los tres países que se dividen Borneo, son mayoritariamente islámicos. Los grupos radicales venían ganando terreno en el sudeste asiático. Creí entonces comprender el motivo de su presencia, pero me resistía a aceptarlo. El resto de la noche, camino a Tenom, imaginé una película completa en mi cabeza. En vano buscar a Osama bin Laden en Afganistán, me dije. El líder de Al Qaeda podría estar escondido en la selva de Borneo y desde ese escondite perfecto dirigir las operaciones. Aquí no lo van encontrar nunca, concluí, y de hecho se tardaron diez años en dar con él.

"Un viaje —escribió Martín Caparrós— rompe el tiempo de la vida. Un viaje, cualquier viaje, crea su tiempo propio, distinto del habitual". En mi viaje a Borneo se rompió el tiempo y se fracturó mi siglo. ■

“ENTONCES LOS VI: CINCO HOMBRES DE TÚNICA,
CHALECO Y TURBANTE SE ALEJABAN
EN EL MAYOR DE LOS SIGILOS. DOS EMPUÑABAN
ARMAS LARGAS Y OTRO MÁS CARGABA
ALGO PARECIDO A UN EQUIPO DE RADIOTRANSMISIÓN...
LA ENCARNACIÓN DE UNA PATRULLA DE TALIBANES”.

ESGRIMA

Por
**ALEJANDRO
TOLEDO**
@ToledoBloom

**ENRIQUE
GONZÁLEZ
PEDRERO:**
SANTA ANNA
Y EL PODER

“SANTA ANNA
ERA UN HOMBRE
HÁBIL, NO
INTELIGENTE
PERO MUY VIVO,
Y ASÍ TENEMOS
MUCHOS POLÍTICOS
ASTUTOS, HÁBILES”.

Los años que llevaba sumergido en los turbulentos océanos del siglo XIX mexicano, en el proceso de investigación y escritura de su magno estudio sobre Antonio López de Santa Anna, dieron a Enrique González Pedrero (1930-2021) nuevas perspectivas sobre un presente que había ido cambiando. El primer tomo de *País de un solo hombre: El México de Santa Anna*, apareció en 1993 (FCE, como los siguientes), en pleno declive salinista, con el subtítulo de “La ronda de los contrarios”; diez años más tarde (2003), promediando el foxismo, se editó “La sociedad del fuego cruzado”. El volumen final, “El brillo de la ausencia”, era todavía obra en proceso cuando ocurrió esta conversación –justo en 2003– y llegó a las librerías en 2017, con Peña Nieto en el poder. ¿Cómo es que el pasado se reflejaba en la actualidad, o viceversa?

Decía González Pedrero: “La historia para mí es memoria, y esa memoria es importante para no volver a tropezar con la misma piedra. De todos modos el hombre tropieza, pero tengo la impresión de que tropieza menos el que tiene una idea más o menos certera de lo que ocurrió antes en el país”.

–*Santa Anna se ha convertido acaso en el modelo más próspero de la política mexicana –le comenté.*

–Lo que me parece ha ocurrido en el país es que mucha gente no sabe quién fue en realidad Santa Anna, y entonces muchos políticos lo han repetido sin saber el modelo inconsciente que estaban siguiendo. Santa Anna era un hombre astuto, hábil, no inteligente pero sí vivo, muy vivo, y así tenemos muchos políticos astutos, hábiles, que saben aprovechar el momento para la realización de sus intereses personales y no piensan en las metas, los intereses del país.

–*Por ejemplo, Carlos Salinas de Gortari era un Santa Anna clásico, ¿no lo cree?*

–Usted lo ha dicho.

–*¿No le parece?*

–Sí. Bueno, yo creo que hay muchos, unos con mayor dimensión, otros con menos, pero ahí está ese modelo. De ahí que mi interés fue hacer una buena radiografía del personaje con el objeto de mostrarlo a la mayor cantidad de gente posible para que se dieran cuenta de que no era un modelo muy apetecible. En la época hay otros personajes, brillantísimos, verdaderamente notables, que por desgracia se vieron opacados por este gran actor, este gran seductor. Santa Anna manejó el país como si fuera un rancho, una propiedad suya, como si no existiera ningún freno, ningún límite.

–*García Márquez comenta que el problema de un novelista cuando se mete a fondo a escribir sobre un dictador es que el personaje puede empezar a parecerle simpático, porque llega a conocerlo muy bien y, quizá, a entenderlo. ¿Le ha ocurrido algo así con Antonio López de Santa Anna?*

–No, porque mi personaje es México, no Santa Anna. Él es la época, el hombre que dominó al país en su etapa, pero el personaje real se llama México, es el que a mí me importa. Y me pareció que ese periodo era el menos estudiado de nuestra historia, acaso porque es el más traumático, el que más nos duele. Lo mejor es enfrentar los problemas que uno tiene, recobrar la memoria histórica para recobrar, también, la libertad y la identidad: ¿qué soy?, ¿por qué me ocurrió esto?

–*¿Le decepciona el México del que se ha empapado?*

–No, hay tal cantidad de personajes notables que no ocuparon el mismo sitio del proscenio de la historia pero que valen mucho la pena. Busco echarles un poquito de luz y mostrar lo que eran. Sí los celebramos en el santoral patriótico, pero no hay el conocimiento de quiénes eran. Sí sabemos que Guadalupe Victoria fue el primer presidente de México, y que Guerrero también ocupó la presidencia pero lo corrieron por incapaz... ¿Guerrero era incapaz? Me hice esa pregunta y llegué a la conclusión de que no lo era. Quisieron presentarlo así para echarlo del poder y luego asesinarlo,



Fuente: elalbanaque.com

pero no hay tal. Otro personaje que me interesa es Mier y Terán, científico notabilísimo que se carteaba con los académicos de Francia...

–*Lo paradójico es que en ese México de notables imperara el vivillo, el corrupto...*

–Imperó un tiempo, hasta que lo echaron.

–*Un tiempo muy largo.*

–Ah, sí, pero si eso lo sabemos aprovechar... Habrá personajes que se le parezcan, pero no pueden ser iguales. Las cosas hoy son distintas.

–*Usted habla del siglo XIX como la infancia del país, ¿el trauma originario de México no será esta proclividad a ser gobernados no por los sabios sino por los astutos?*

–El gran trauma de México es la tendencia a confundir el interés personal con el interés público, privatizar el público, apropiarse de él. Pero ahí está la ciudadanía, la sociedad civil, para impedir que eso ocurra. Los tramposos van a seguir existiendo siempre, y es la sociedad la que debe ponerles frenos.

–*¿Se podría decir, de modo simbólico, que Santa Anna sigue gobernando?*

–Nuestros presidentes eran personajes autoritarios porque tenían poderes meta o extraconstitucionales, y sus límites eran los que ellos mismos se ponían. Lázaro Cárdenas no se desbordó, hizo todo lo que pudo en favor de la sociedad, de su tiempo y de la nación.

–*Pero Miguel Alemán, por ejemplo, usó el poder para enriquecerse.*

–Ésa ya es otra etapa. Por eso no se puede hablar de los setenta años del PRI como si hubiera sido siempre igual. No es lo mismo Miguel Alemán que Adolfo Ruiz Cortines o que Adolfo López Mateos... Es “el estilo personal de gobernar”, según definió Daniel Cosío Villegas; o como decía Salvador Novo: el sistema métrico sexenal.

–*Quizá ese amplio poder del Ejecutivo es ahora una añoranza del nuevo grupo en el poder.*

–Pero no llegaron con ese programa, ofrecieron el cambio, ofrecieron la transición, y aunque sea una promesa electoral debe cumplirse o el ciudadano que deposita su voto va a marcar otro círculo en la papeleta. Aquí hubo un planteamiento de ruptura. Se dijo: “Vamos a hacer otra cosa”. Y ahí había razón. Lo que pasa es que luego no se quiso o no se pudo hacerlo, o está en veremos el asunto, pues la historia todavía no acaba.

COMO METÁFORA de la política, a González Pedrero le gustaba imaginar al Ulises homérico en su paso por el mar de las sirenas. “El canto de estos seres mitad pez y mitad mujer atrae a los marineros, hace que se arrojen al mar y se ahoguen. Para atravesar esas aguas, Ulises urde el plan de ser amarrado en el mástil y se pone algo de cera en los oídos para oír un poco de ese canto. Ese amarre es la ética, es la moral. El que está en el poder no debe dejarse llevar por los que le cantan que es eterno... Ulises puede oír a las sirenas, puede verlas, pero no lo jalen. Eso, el mástil y la cera, es la sociedad civil. Habrá vivillos como Santa Anna que se arrojen al mar, allá ellos; pero habrá otra parte de la sociedad que sabrá por dónde tiene que seguir...”

–*¿Percibe a Fox bien amarrado al mástil?*

–Ojalá, ojalá lo esté, porque las sirenas son terribles. ▣

ZZ TOP, CON STEVIE RAY VAUGHAN, cambiaron el blues texano para siempre. Se desmarcaron de la escuela de Chicago y consiguieron otorgarle una personalidad agreste y ranchera. Que reflejaba a la perfección el paisaje. En ZZ Top suena el desierto con todo lo que éste implica: misterio, soledad e inmensidad. Además de vacas, un sol inclemente y una troca desplazándose por un camino de terracería.

ZZ Top optó por una formación de power trío. En la que Dusty Hill jugó una posición determinante. Era sin duda una de las mejores segundas de la historia de la música. Le inyectó al cancionero de la banda una personalidad inusual. Billy Gibbons, alias El Reverendo, era el vocalista principal, pero en Dusty tenía a un gemelo fantástico que le aportaba unas armonías de ensueño. Además de ser su comparsa bailarina encima del escenario. Con esa danza a la Hoot Kloot, el comisario.

Durante gran parte de su carrera, ZZ Top fue una banda vigorosa. Sobre el escenario desplegaban una energía incombustible. No paraban de saltar en una suerte de coreografía al más puro estilo de nado sincronizado. Además de su sonido, la mayor atracción, era una máquina de pasos de baile. Nunca Cream o The Jimi Hendrix Experience o cualquier otro trío de la historia presumieron este tipo de dotes. Y ésta es una de las características que convirtieron a ZZ Top en una banda especial.

Además de lo anterior, su look era una declaración de principios que contrastaba con su proceder en concierto. Era de suponerse que dos tipos barbones y de botas vaqueras fueran lo suficientemente rudos para no permitirse el baile. Pero a ZZ Top el estereotipo les valía madre. Ésta es una actitud que socava por completo el machismo inherente al ser texano.

En ese mismo tenor, ZZ Top llevó las cosas al extremo al volverse en contra de lo que supone era una banda de blues eléctrico. Modificaron su sonido e hicieron un movimiento de lo más arriesgado: forraron sus instrumentos de peluche, en un gesto que podría haberse interpretado como poco masculino, pero que llevó a la banda a otro nivel. Ahí demostraron que no le tenían miedo a nada. Y esa valentía fue altamente recompensada por la generación MTV.

Pese a su apariencia, ZZ Top es una banda que jamás se ha acartonado. Ha pasado por distintas etapas. La búsqueda del sonido que definió su primer álbum, luego



ttirehearsal.com

“LA VERSATILIDAD DE LA BANDA ES INCUESTIONABLE. Y ESO LOS SITUÁ COMO LOS PUTOS AMOS DEL ROCK TEXANO”.

la consolidación de la banda en *Tres Hombres*, de donde salió la catedralicia “Jesus Just Left Chicago” y el himno entre los himnos *La Grange*, uno de sus mejores discos, si no el mejor. Para dar un salto monumental hacia *Degüello*, ese coqueteo con el industrial que cristalizó en el experimento sensacional que es “Manic Mechanic”. Y luego su paso natural hacia *Eliminator*, que le regaló al mundo “Legs” y “Gimme All Your Lovin”.

La versatilidad de la banda es incuestionable. Y eso los sitúa como los putos amos del rock texano. Y lo más importante, no importa qué tan pop suenen en *Eliminator*, nunca han perdido de vista su raíz: el blues. Y en la historia de este género son un referente. Entre los cientos de enormes blues que han existido, “Blue Jean Blues” es un ejemplo perfecto de cómo debe sonar esa tradición.

La primera canción que escuché de ZZ Top fue “Mexican Blackbird”, viene en *Fandango!* Debía tener 12 o 13 años. Y desde entonces he profesado un profundo amor por la banda. Luego caí bajo el encanto de *Tres hombres*, como era de esperarse. Y recuerdo la emoción el día que pude hacer mi primer *road trip* por Texas y pasar por La Grange, el pueblo que originó la canción. *Degüello* es también un disco que marcó mi existencia. Me parece perfecto de principio a fin. Y es quizá el disco que más he escuchado de la banda.

No sé si sea por haber nacido en Coahuila, pero desde que nací, en mi ADN ya estaba mi amor por ZZ Top. Por eso la muerte de Dusty Hill me dolió cabrón. Estoy convencido de que si no hubiera escuchado a ZZ Top de niño mi libro *La Biblia Vaquera* no habría existido. Y tampoco *La marrana negra de la literatura rosa* habría sido escrita sin ver a ZZ Top girar ciento ochenta grados sus instrumentos forrados de peluche en MTV.

Tuve la fortuna de ver a Dusty Hill en vivo. Y la pandemia me impidió volver a verlo una segunda vez. Pero llevo en el corazón el recuerdo de ese concierto. 📺

EL CORRIDO DEL ETERNO RETORNO

Por
CARLOS VELÁZQUEZ

@Charfornication

DUSTY HILL
EN VIVO

OJOS DE PERRA AZUL

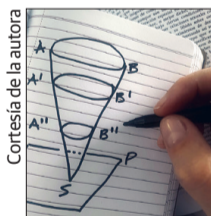
Por
KARLA ZÁRATE

@espia_rusa

PERPETUUM
MOBILE

ESTA MAÑANA, como de costumbre, no estoy segura de a dónde dirigirme. Mi destino es incierto. Me levanto y no sé si ir primero al baño o a la cocina por café, directo al trabajo o al parque a correr, quedarme un rato más en cama o trasladarme al aeropuerto a tomar un avión que me lleve directo a Moscú. Al elegir una opción, se eliminan las demás. Esto lo pienso al despertar, muy temprano, aún enredada en las sábanas tibias que me acarician y aprisionan. Escapo, sacudo la voluntad, estiro el cuerpo, espabilo los pensamientos. Doy un brinco, salto a la realidad y mi rutina comienza regida por un calendario y una agenda que me dan la ilusión de que soy funcional y productiva en el mundo.

A mediodía me entra de nuevo el ansia de partir hacia algún lugar y hacer cosas inauditas. Salir a la calle desnuda, cantar mi canción favorita y que los peatones me escuchen. Hacer el amor en el Zócalo, vengarme de mi enemiga predilecta, escribir un libro pornográfico y prohibido. Llamarte por teléfono, decirte hasta lo que no y lo que sí, pero me reprimo: le coloco a mis labios un triple candado y a mi lengua una camisa de fuerza. Odio las restricciones, las arbitrarias normas sociales. Camino de un lado a otro, me rasco la piel, la prisa me quiere alcanzar. Inútilmente, cuento el paso de las horas que se detienen a los mil cincuenta y dos minutos. Hacia la noche, pero más en las madrugadas, me convierto en un animal peligroso, con tres bocas que hablan, diez ojos que miran. Y todo ocurre al mismo tiempo. El aleteo de la mariposa que desencadenó



Cortesía de la autora

“ODIO LAS RESTRICCIONES, LAS NORMAS SOCIALES. CAMINO DE UN LADO A OTRO, LA PRISA ME QUIERE ALCANZAR”.

el caos, la invención de la tinta, mi última relación, el segundo en el que Eva mordió la manzana. Cuando sueño. El viaje a la Luna y a Marte, nuestro primer encuentro en el pasado y la dolorosa despedida venidera.

Hoy es ayer, siempre, nunca, estoy, no estoy. ¿Por qué mis momentos no coinciden con los de afuera, con los ajenos, con el tuyo? Desfasada y bifurcada, vivo inserta en una simultánea sucesión de instantes. No sé en qué punto me encuentro, si soy niña anciana, adulta recién nacida o eterna adolescente.

Entonces, a oscuras, por fin me reubico, se me calman las ganas de ir a todas partes. Pienso en voz alta y anoto lo que me pasa, que no puedo permanecer quieta, sobre mi afán de pisar otros sitios, embarcarme a distintos escenarios donde no haya relojes, años o distancia sino duración y ritmo.

Eres infinita, me dijiste una vez. No te contesté que yo no le encuentro sentido ni al tiempo ni al espacio sin ti, tampoco a esta mañana en que no estoy segura de a dónde dirigirme.

*** Soy el arma de la fiesta. 📺

REDES NEURALES

Por
**JESÚS
RAMÍREZ-BERMÚDEZ**
@JRBneuropsi

DESTRUCCIÓN
Y DEVENIR

“MIENTRAS
ESTUDIABA MEDICINA,
UN PADECIMIENTO
LA LLEVÓ A [UNA]
CLÍNICA PSIQUIÁTRICA.
EL MÉDICO DE
GUARDIA ERA UN
JOVEN DESCONOCIDO:
CARL GUSTAV JUNG”.

El irio de la conciencia se nutre del conocimiento personal y de los grandes acontecimientos históricos; se renueva o se estanca en cada época de nuestras vidas. Tras la Primera Guerra Mundial, el espectáculo de la destrucción anegó a la humanidad en corrientes melancólicas. Una pregunta reverbera desde entonces en los campos del arte, la ciencia y la cultura: ¿cómo resolver el problema de nuestra conducta destructiva?

Una de las pensadoras contemporáneas que formalizó esta interrogante de manera pionera ha sido olvidada por nuestra tradición académica y literaria: me refiero a Sabina Spielrein. ¿Por qué tenemos la tendencia —confirmada una y otra vez en la Historia Universal— a la agresión interpersonal, a la violencia colectiva, a la guerra? En *Más allá del principio del placer*, Sigmund Freud introdujo en el psicoanálisis la noción mitológica del duelo entre Eros y Tánatos, y nombró “pulsión de muerte” a ese nuevo concepto. Pero el conflicto entre Eros y Tánatos fue el planteamiento central de un ensayo escrito ocho años antes por Spielrein: *La destrucción como causa del devenir*, editado recientemente en la colección Pequeños Grandes Ensayos de la UNAM.

Si aclaro que ella fue una mujer judía nacida en Rusia, no es para contribuir al fetichismo lamentable que ha delimitado su tratamiento histórico: las circunstancias de su vida y muerte están ligadas a esa identidad cultural. Tuvo una brillante trayectoria académica y deportiva (recibió una medalla de oro en gimnasia), estudió canto, piano, latín, y le disgustaba la escuela porque los maestros eran “muy estúpidos”. Mientras estudiaba la carrera de medicina, un padecimiento psiquiátrico la llevó, en agosto de 1904, a la clínica psiquiátrica de Burghölzli, en Suiza. El médico de guardia era un joven psiquiatra desconocido: Carl Gustav Jung. El diagnóstico provisional fue “histeria”.

Según la nota clínica, escrita a mano por Jung, Sabina presentaba risa y llanto en forma extraña, compulsiva, así como tics, movimientos y dolor de la cabeza, protrusión de la lengua, espasmos de las piernas, malestar intenso frente al ruido y la gente, actitudes seductoras, mensajes peculiares como afirmar que tenía dos cabezas o que su propio cuerpo le resultaba extraño. El padre —un hombre de negocios— la sometió a humillaciones y maltrato físico. Era un tirano ofensivo hacia la familia, y amenazaba con suicidarse cuando era confrontado. La madre también la maltrató en forma física y emocional, y eso desencadenó las primeras tentativas suicidas de Sabina. Su educación religiosa fue estricta; siendo niña, hablaba con Dios y un día Él respondió en alemán (lengua que Sabina estudiaba). Con el tiempo, la voz divina se expresó en ruso y alemán, y Sabina pensó que esa voz interior provenía de un ángel. Cuando ella tenía 16 años murió su pequeña hermana, “a quien amaba más que a nadie en la vida.”

Trece cartas de Jung a Freud refieren de manera específica el caso de Sabina, quien es mencionada en catorce cartas de Freud a Jung. A juzgar por el intercambio, ella fue decisiva en la aproximación entre ambos pensadores. En general se acepta que hubo una relación de amor entre Sabina y el psiquiatra suizo; el consenso es que existió transgresión ética y fue uno de los motivos para la formación de otro concepto freudiano: la transferencia y su contraparte, la contra-transferencia, en otras palabras, el juego erótico y simbólico de fantasías conscientes e inconscientes entre los dos miembros de la relación psicoanalítica.

El cineasta canadiense David Cronenberg cristalizó esta leyenda en un film de culto, *Un método peligroso*, pleno de erotismo y glamur, que usa un estilo refinado para explorar nuestro morbo y se permite muchas licencias creativas sin fundamento histórico; sin embargo, es un buen punto de partida para imaginar los motivos de Sabina durante la



Retrato de Sabina Spielrein.

Retrato de José Agustín Ramírez

escritura de *La destrucción como causa del devenir*. “Al involucrarme con los problemas sexuales, una cuestión me ha interesado más que otras: ¿Por qué este motivo poderoso, el instinto de reproducción, desencadena sentimientos negativos además de los sentimientos positivos anticipados en forma inherente?”. Desde el inicio de su ensayo, Spielrein vincula el sexo con una negatividad que se revela como el aspecto subjetivo de la conducta destructiva. Se trata de un texto enigmático, pionero, que hace las preguntas difíciles en torno a la psicología de la destructividad humana: un atributo que conecta la violencia colectiva con la violencia íntima, y con las formas múltiples de la autoagresión observada en la clínica.

Sabina egresó del hospital tras una estancia de nueve meses. Se hallaba en mejores condiciones, capaz de vivir de manera independiente. Terminó la carrera de medicina en 1911; se graduó con la primera tesis académica acerca de la esquizofrenia, el nuevo concepto propuesto por Eugen Bleuler para referirse a la “demencia precoz” de Kraepelin. Sabina había contribuido a los experimentos de Carl Jung para evaluar los procesos de asociación de palabras, que llevaron en última instancia al concepto de esquizofrenia. En 1912, ella fue aceptada en la Sociedad Psicoanalítica de Viena, y formó parte de una generación pionera de mujeres psicoanalistas, junto a personajes legendarios como Lou-Andreas Salomé.

Sabina Spielrein ha ganado un reconocimiento creciente —dentro y fuera del psicoanálisis— como una pensadora por derecho propio, más allá de la fetichización inicial. Escribió alrededor de treinta obras, se abrió a disciplinas como la lingüística y la psicología del desarrollo. En Ginebra, fue la psicoanalista de Jean Piaget —uno de los científicos más importantes en el campo de la psicología infantil— durante ocho meses; en esa época, escribió un trabajo acerca del desarrollo del lenguaje y el pensamiento del niño que es un antecedente de las obras de Piaget y Vygotsky sobre el pensamiento y el lenguaje.

En 1923 regresó a Rusia para establecerse en Moscú. Bajo la influencia de Trotsky, el psicoanálisis fue apoyado por el poder soviético, en busca de una síntesis con el marxismo y con la fisiología conductual de Pavlov. Sabina fue supervisora del ambicioso proyecto Detski Dom, un Laboratorio-Orfanatorio Psicoanalítico, también conocido como *La casa blanca*. Ese lugar, fundado por Vera Schmidt —otra alumna de Freud— se propuso educar a los alumnos bajo una peculiar interpretación de la teoría psicoanalítica: tenían gran libertad de movimiento, se evitaban los castigos y se permitía la exploración sexual. Algunos huérfanos eran educados en la escuela, pero también los hijos de la élite bolchevique, incluyendo al de Josef Stalin. Entre los profesores que trabajaron en Detski Dom se encontraban los dos mayores psicólogos de Rusia: Alexandr Luria y Lev Vygotsky; al parecer, el trabajo de Spielrein con los niños, que combinaba observaciones objetivas del desarrollo infantil y la recolección de datos subjetivos, fue para ellos una influencia significativa.

En 1926 Sabina se trasladó a Rostov, a dirigir un hogar para lactantes y niños. Tras la condena estalinista del psicoanálisis, en 1936, su rastro histórico se oscureció. Sus hermanos Isaac, Jan y Emil fueron arrestados y ejecutados entre 1937 y 1938, durante la Gran Purga, como se conoce al terror político desatado por el estalinismo. Sabina Spielrein sobrevivió a la Gran Purga pero fue asesinada en agosto de 1942 por los nazis, con sus dos hijas y 27 mil judíos en Rostov, Rusia. El injusto final de este retrato histórico nos obliga a considerar que la problemática de su ensayo no ha sido resuelta: exige una lectura reflexiva en el arco que empieza con el deseo de supervivencia y se extiende a la búsqueda de sentido. ■